

nititas casas construidas de madera, comunmente de dos pisos. Las ventañas de la mayor parte de ellas se hallan adornadas con macetas de flores detrás, de las cuales se descubre el semblante blanco y admirado de un niño, frecuentemente de un minero que fuma tranquilamente su pipa y dirige una mirada melancólica sobre el carruaje que ve pasar. Una vez en Clausthal, en el teatro de mis investigaciones, no era precisamente el aspecto del país, lo que me proponía estudiar, sino también las condiciones de existencia de las poblaciones. Al explorar las riquezas de aquel distrito metalúrgico del Harz, cuya celebridad data de mucho tiempo, me prometí observar, en su acción sobre la vida social, el régimen económico enteramente especial que allí se sigue hace ya muchos años.

»Todas las fábricas de plata del Harz reunidas, producen en el día de 45 á 46,000 marcos de plata, que valen desde 2.173,750 francos á 2.222,250 francos; 584,725 kilogramos de litargirio, importantes 203,125 francos; 3.539,860 kilogramos de plomo, que valen 1.183,904 francos; 42,093 kilogramos de cobre, que valen 121,375 francos y 12,162 kilogramos de arsénico, que tienen de valor 7,501 francos. El importe total de estos productos forma la suma de 3.738,150 francos.

Los hijos de los mineros reciben en las escuelas los elementos de instrucción primaria, y su educación religiosa en el templo luterano. Por la mañana se les ve ir frecuentemente á una gran distancia con el libro y la pizarra debajo del brazo, con esa gravedad precoz particular á los niños que están acostumbrados desde muy pequeños, á no necesitar de guías y á bastarse á sí propios. La infancia se comparte así entre la escuela y el hogar doméstico. La madre atiende tan solo á los quehaceres de la casa, y cuando el padre vuelve de los trabajos de la mina, se entrega en ella al completo descanso que le es tan necesario después de su penoso trabajo. Esta vida interior y tranquila tiene su poesía y sus interesantes episodios, reproducidos frecuentemente en los grabados que se ven por do quiera en el Harz. Siempre me ha llamado la atención una de esas sencillas composiciones: se ve allí al minero con su traje de trabajo y al lado de sus herramientas, abandonando la morada donde tan rápidamente se deslizan las horas afortunadas de su vida. Un pequeño reloj de madera y algunos grabados iluminados, constituyen el único adorno de las paredes; pero los pequeñuelos retozan por el suelo entre sus juguetes, y la joven madre presenta al minero el más chiquitín de sus hijos que parece pe-

llorar á sus difuntos maridos. Después de esta desgracia estuvo la mina abandonada durante cien años, y quedó Goslar tan desierta que en todas sus calles crecía la yerba á grande altura.»

dirle con los bracitos el beso de despedida. Este dibujo me recordaba las célebres despedidas de Andrómaca y de Héctor; encontraba allí los mismos sentimientos, la sombría inquietud que nace de la idea de una muerte tal vez próxima, y á la infancia mezclando sus ignorantes gracias con las zozobras de la edad madura. Lo que presta al poema homérico una juventud eterna, ¿no es la pintura de las pasiones que el hombre experimenta siempre, en todos los países mientras pueda amar y sufrir?

»Después de concluir el joven minero su aprendizaje en los talleres exteriores de las minas, empieza, por último, su existencia subterránea: todas las semanas debe bajar seis veces á las minas y permanecer allí durante ocho horas; llega á la entrada de los pozos en traje de trabajo, con una gorra de tupido fieltro para preservar su cabeza de los golpes, y con una faja de cuero por los riñones para trabajar sentado en tierras humedecidas por las aguas vitriólicas. Un vestido de paño gris, una lámpara que se suspende de un gancho, y las herramientas, constituyen todo su equipo. Cuando las minas no tienen una profundidad excesiva se baja á ellas por medio de escaleras: á lo largo del pozo, abierto en la roca, hay pequeños pisos ligados por medio de escaleras rectas: se baja por una de ellas y se llega al piso inferior, que tiene una abertura bastante ancha para que pase por ella un hombre; por aquel agujero se baja á la escalera siguiente, y así á las demás. Figúrese lo que será un ejercicio, semejante prolongado durante una ó dos horas; los barrotos de las escaleras están sucios y fangosos, el agua mana por todas partes, la humeante lámpara solo da un resplandor rojizo y vacilante. Se baja, se baja constantemente, y el minero siente agotarse sus fuerzas antes de poder dar principio á su verdadero trabajo. La subida y la bajada constituyen la parte menos penosa de su existencia: no es la distancia de algunos metros la que le separa de su obrador, son distancias espantosas de muchos centenares de metros. En Andreasberg, punto, hace mucho tiempo, célebre por sus minas de plata, el pozo Sanson, el más profundo que existe en el mundo, descendiendo 230 metros bajo el nivel del mar del Norte, y 791 metros debajo de la tierra. El pozo del conde Jorge Guillermo, en Clausthal, tiene 604 metros de profundidad. Por medio de un invento en extremo ingenioso, que se remonta al año 1833, se han disminuido en gran parte las fatigas de las bajadas y subidas perpétuas: consiste en las máquinas denominadas *fahrkunst*, debidas á un simple *bergmeister*, (maestro minero) del Harz, llamado Dorell.

»En el día los *fahrkunst* se hallan establecidos en todas las minas del Harz cuya profundidad es muy considerable.

»Al llegar á las galerías subterráneas, el mismo

se dirige frecuentemente por un verdadero dédalo hácia el punto en que se encuentra el filon en que trabaja, y durante ocho horas está ocupado en agujerear la roca para hacerla saltar con pólvora. Cuando se han tomado todas las precauciones y va á encender la mecha, aléjase rápidamente y espera la explosión advirtiéndolo á cuantos encuentra. Oyese pronto un sordo ruido: así que la nube de vapores se ha disipado un poco, acude el minero á desprender de la roca, á grandes golpes de maza, todos los restos adheridos aun, separa los pedazos que contienen una porción del filon de los que son enteramente inútiles y solo sirven para rellenar las antiguas galerías agotadas. Colocado el quixo en carretones llamados perros de la mina, es transportado por los caminos de hierro al orificio de los pozos de donde se estrae.

Sucede algunas veces que la carga de pólvora hace explosión mientras el minero se halla aun en medio de sus preparativos, particularmente al retirar del agujero de perforación lleno ya de pólvora, la vara de hierro que debe reemplazar á la mecha, y que puede hacer saltar una chispa al frotar con la piedra. El desdichado trabajador es entonces quemado, mutilado y con frecuencia, muerto bajo los cascos que le aplastan. Un día me encontré en medio de un solitario valle junto al camino de Lauthenthal á Grund, á un pobre hombre horriblemente desfigurado y me refirió que había sido quemado por una explosión semejante, habiendo salvado milagrosamente la vida. Estaba enfermo é incapaz para el trabajo, pasando su vida en guardar vacas en el bosque, y ofreciendo ramitas de fresas á los raros viajeros que atravesaban aquella parte de la montaña.

»¿Deberá causar admiración la alegría que el minero experimenta cuando abandona los sombríos abismos donde su trabajo le llama?

»Un dibujo, muy conocido en el Harz, representa al minero en este ansiado momento: acaba de salir de los pozos, está de pie, se quita la gorra para orar y mira al cielo: ¡*Gluch auf!* De vuelta en su casa para permanecer en ella diez y seis horas con su familia, solo siente una necesidad, la de descansar. Se ha intentado frecuentemente introducir entre la población trabajadora industrias de montaña que al paso que diesen una ocupación á los mineros durante sus momentos de ocio, pudiesen permitirles mayores ganancias introduciendo por este medio algún bienestar en su vida doméstica. Estos ensayos han sido siempre infructuosos. Todos los cuidados de la casa están confiados á la mujer: ella vá en busca de las provisiones, frecuentemente á largas distancias; ella sola se ocupa en cuanto atañe al servicio de la casa. El minero pasa el tiempo en su ventana, casi siempre adornada con algunas flores, algunas veces se distrae criando pajarillos: las únicas ocupaciones que le convienen son

las que alimentan su imaginación. Fuma durante largas horas sin hablar palabra, y crece su taciturnidad á medida que ha trabajado más tiempo en las minas. Cuando joven se le ve aun alegre, vivaracho y bullicioso, pero poco á poco cae en una melancolía que nada tiene de sombría, pero que le rodea como un velo y se revela por la seriedad de su semblante y la gravedad de sus raros propósitos.

»La ayuda del Estado, de la cual está seguro en caso de accidente ó de enfermedad, le impide el pensar en el porvenir y buscar otra mejor situación. Tampoco le son conocidos los desórdenes que reinan en un considerable número de distritos industriales; no se embriaga nunca, y se impone como ley el no beber aguardiente en las minas. Hasta sus mismos placeres tienen algo de sujeción y decencia.

»Entre un pasado y un porvenir enteramente semejantes, igualmente tristes y penosos, se refugia en la meditación; ama el humo enervante del tabaco y las vagas sensaciones que produce la música. Las sociedades corales están en boga en el Harz, como en todo el resto de Alemania, y durante la buena estación acuden los músicos á dar conciertos á las puertas de Clausthal y de Zellerfeld.»

Una mañana me despertó una de esas pequeñas cuadrillas ambulantes: no recuerdo las notas que llegaron á mis oídos al través del velo de un semisueño, pero sé que estaban impregnadas de dulzura, de sencillez y de una extrañeza singular. Aquellos artistas forasteros reservan, sin duda, para las poblaciones bulliciosas de los llanos los vales de ritmo seductor; su música de formas antiguas estaba impregnada de una melancolía penetrante que parecía inspirarse en aquel cielo frío, semi-sombreado aun por las nieblas matinales.

A pesar de la gran fatiga, que los izages subterráneos me causaron, atravesé el magnífico valle del Ocker para trasladarme á Goslar donde llegué al anochecer; la falúa que me condujo se detuvo frente al hotel en donde me había apeado dos días antes; no tenía intención de haber vuelto, pero me sometí al azar que allí me llevaba.

El día siguiente tomé el coche correo para dirigirme á Vienenburgo y desde allí por el camino de hierro me trasladé de Wolfenbittel á Brunswick. Esta encantadora ciudad pone término á un viaje por el Harz y allí se descansa muy á gusto. El Museo es muy bueno y contiene lienzos notables: particularmente se admira en él un cuadro que pasa por un Rembrandt y debe representar á su familia: es una obra maestra, pero dudo que sea de aquel autor. Lucas Cranach, Jan Steen, Pieter, Miereveld, Raphon, Ruysdael y Everdingen se hallan allí dignamente representados.

La plaza del Mercado es rica en monumentos y los

paseos de los alrededores de la ciudad son de los mas agradables. Por la noche se puede ir al teatro, en donde se ejecuta perfectamente la ópera que da principio á las seis y concluye á las ocho. Al salir del espectáculo se vá á cenar á los restaurants que se encuentran frente al teatro, ó en el paseo principal. La música militar ducal da semanalmente un concierto

en un bonito jardin que se halla á corta distancia de la ciudad.

Brunswick es una de esas poblaciones de las que uno no se aleja nunca sin hacer propósito de volver á ella.

STROOBANT.



Mujeres albanesas cerca de sus arabas en Vasilika.

VIAJE AL MONTE ATHOS,

POR M. A. PRUST.

1858.

Salónica.—Judios, Griegos y Búlgaros.—Las mezquitas.— Albanes Rabottas.

A la estremidad de la isla calcídica entre Orfano y el Cabo Felice, se eleva sobre el mar una montaña conocida entre los antiguos bajo el nombre de Athos, y llamada despues Αγιορος, ó Monte-Santo por su poblacion compuesta esclusivamente de religiosos. Estos religiosos bajo el dominio de los emperadores bizantinos ayudaron al movimiento de las letras y de las artes que preparó el Renacimiento y aun hoy poseen ricas bibliotecas y una escuela de pintura.

Durante mi permanencia en Grecia, habia formado el proyecto de visitar sus conventos, y el 9 de mayo de 1858 despues de haberme provisto en Constantinopla de cartas patriarcales, sin las que se corre el riesgo de ser mal recibido, salí de Pera con mi ami-

go Schranz y el dragoman Vulgaris. Schranz debia ayudarme á reproducir las pinturas por medio de la fotografia; Vulgaris se encargó de la lingüística y de las provisiones. Nuestro proyecto era tocar en Salónica y desde allí ir por tierra al Athos.

El 10 entrábamos en el golfo Thermáico y el dia siguiente doblábamos la punta de Kara-Burnu.

Detrás de esta punta y en el fondo de una ancha bahía tranquila como un lago, Salónica, (1) ceñida por un cordon de bastionados muros, se eleva en forma de anfiteatro en el árido flanco del Cortiak. Esta ciudad, decaida ya de su antiguo esplendor, tiene un aspecto de estraña coquetería; sus vetustas casas, de-

(1) Salónica, antigua Thermae ó Thesalónica. Filipo dió el nombre de Thesalónica á su hija, en recuerdo de una victoria ganada á los thesalenses, y Casandro, yerno de Filipo, hizo dar el nombre de su mujer á la ciudad de Thermae.